

# EN TORNO A AZORIN

## I

### BRUJULEO

*«Como yo al presente, después de estar asido al mundo exterior, me complazco no más que en el brujuleo de lo íntimo...»*

AZORIN, «El Escritor».

**U**NA larga vida consagrada al noble cultivo del arte, con vocación, con tenacidad. Una huella dejada en la estética de una generación de escritores jóvenes, son motivos más que suficientes para que ARGENSOLA dedique unas páginas en su ochenta aniversario a José Martínez Ruiz.

Al lado de estos motivos fundamentales hay otros de carácter sentimental. Azorín está unido a Aragón por Gracián, por los Argensola y por su fina comprensión de hombres y paisaje. <sup>1</sup> Su admirada esposa Julia («No se sabe lo que hubiera sido de X sin Julia») <sup>2</sup> es aragonesa de nacimiento.

Por fin, nosotros, docentes de la Literatura, estamos situados en el punto medio de un arco, en uno de cuyos extremos viven nuestros maestros ensayistas de raigambre azoriniana y, en el otro extremo, adolescentes a quienes tenemos que orientar.

A Azorín hombre, persona de extraordinaria sensibilidad, hay que buscarle con el sentimiento y a través del detalle íntimo que se muestra generoso en todas sus obras, incluso en las que parecen más alejadas de lo autobiográfico. El escritor mismo parece darnos la mano cuando nos presenta a su madre a través de aquella libretita en la que apuntaba los fastos familiares y a Clarín, escritor renombrado, con preocupaciones económicas que descubre un cuadernito olvidado.

Así, comprenderemos, sin necesidad de aceptarlas, sus caídas motivadas por exceso de sentimentalismo, sus dudas, sus contradicciones, y admiraremos sus cualidades, sus aciertos, su perfección elegante, su intuición psicológica.

Es curioso su recuerdo de la niñez en plena juventud luchadora y rebelde. Aquel niño de pelo hirsuto, de ceño fruncido, de ojos entornados que nos muestra un retrato de colegial, nace en Monóvar y vive en Yecla, casi manchega ésta, de clima áspero y riguroso y con un olor especial a leña quemada. Ciudad cordial. Fatalismo árabe. Monóvar, más mediterránea, más clásica, más comprensión rápida, más intuición. Su vida, según palabras del escritor, ha oscilado siempre entre las dos poblaciones.

Al lado de lo poético de la figura materna se nos muestra la bonachonería del tío Antonio, la generosidad de una criada que organizaba los juegos infantiles, las figuras simpáticas de dos profesores escolapios. Aquel regalo que suponía para José Martínez Ruiz una ventana abierta sobre la vega cuando en el estudio pesado podía dejar correr la vista y la imaginación, la sensación de lo inefable que experimentó al contemplar por primera vez la luna por el telescopio. En cambio, el lado negativo, digámoslo así, de su niñez ¡qué angustioso se nos presenta! Tuvo maestros rutinarios, clases hoscas, amuebladas con mal gusto, comprensión de la espontaneidad. Meditativo, dice él, le hicieron los cantos religiosos suplicantes que oía por las calles, el aviso pueblerino de las defunciones y la frase, muy utilizada en los pueblos, «Es tarde»: meditativo con un fondo pesimista. Porque la vida de los pueblos pequeños, solos, callados, hace posible, en la noche, escuchar el pendolar del corazón.

Y Azorín quiso ser. En Valencia, con un bagaje de inquietudes, con lecturas precipitadas de novelas, libros de brujas y encantamientos, inquietud por el misterio y un fondo de preparación escolar y de observación de la Naturaleza, entra en la Universidad, a la que acude cuando el profesor de alguna asignatura de la Facultad de Derecho, en la que está matriculado, presenta un interés. Lectura caótica. Beaude- laire y Leopardi, para practicar el francés, y el italiano eran los autores especiales para exasperar el pesimismo innato y el excepticismo religioso. Los conciertos de Wagner le unen a Nietzsche. Goethe, traducido por Llorente, conocido suyo, se infiltrará en él. Sus primeras armas periodísticas con Blasco Ibáñez y con artículos juveniles revolucionarios. Su paso por la Universidad de Granada y por la de Salamanca le hacen captar el espíritu de las dos ciudades.

Y a conquistar la fama de Madrid. Con una libreta de notas en donde apuntaba observaciones impresionistas del paisaje, tipos y costumbres. Hay que hacer notar que, como Goethe ya no buscaba las cosas por fuera sino que sentía inquietud por captar la esencia de las mismas.

La llegada de un provinciano a la Capital se presta a la reflexión.

¿Quién, joven, al ir a luchar en Madrid, no abriga la ilusión de ponerse a todo el mundo en la mano? Con su paraguas rojo y su monóculo. Nervioso, apasionado en quien, según expresión propia, las circunstancias externas influyen tanto hasta el punto de que un desdén o un saludo cariñoso hacen mella, Azorín va a Madrid. Se deja en el pueblo el amor bueno de los suyos y una formación rutinaria religiosa e intelectual. Y en Madrid encuentra unas figuras de prestigio, idealistas, disolventes, que envuelven todo con poesía, al lado de otras, pocas, robustas y fuertes. ¡La atracción del saber. sin mirar cómo, ni meditar en las circunstancias y el prestigio de los que saben! Y unos izquierdistas que se venden secretamente a los contrarios. Y unos reaccionarios que no sienten inquietudes estéticas. Y el salir y el entrar por las redacciones de los periódicos. Los ataques de los escritores. El perder un tiempo precioso aprovechable para labores más elevadas, en ganar un sueldo mísero y en corregir faltas de ortografía. En esta situación comprendemos las cartas angustiosas a Pepita Sarrió: «Todo es mentira en Madrid». Pide a su amiga que le escriba porque su ingenuidad le compensará de la aridez madrileña y le pide, además, que le cuente si las campanas del pueblo tocan como cuando él vivía allí. A Azorín le falta ternura, le falta cariño. ¡Cuánto cuesta la gloria!

Quevedo ha sido uno de los amores literarios de Azorín. ¡Qué bien comprendía nuestro autor, en su época de conquista, al gran político en su moral de resentido! Así sale su *Charivari* tan poco ponderado, que suscitó tantos ataques. Así salen los seudónimos de «Cándido» y «Arhimán». Así, los principios de su *La voluntad*, su *Antonio Azorín* y *Las confesiones de un pequeño filósofo*. Un pueblerino de corazón inquieto que ha vivido una religiosidad exterior no reacciona de otra manera que como lo hizo. Humanamente no podía hacerlo de otro modo.

Su idealismo patriótico le lleva a unirse a Maeztu y a Baroja. ¿Le llevó, no solamente el afán de renovar lo español con aires de fuera,<sup>3</sup> a leer Nietzsche y Schopenhauer la idea del paisaje castellano («¿Hay algo más desolador y melancólico que esta tierra nuestra?») para cubrir con las nieblas del Norte las aristas agudas de nuestra tierra? La niebla es un enemigo en el campo físico e intelectual. La hostilidad le hace retraído y le impulsa a dar rienda suelta a lecturas que siguen caóticas y a meditaciones. A los filósofos alemanes mezcla los místicos españoles; Balmes con Montaigne; santa Teresa, como autora, con Stendal. El periódico de su primera juventud y la producción literaria del mismo tiene un gran interés para el educador equilibrado, sereno.

Azorín tiene afán por conocer la verdad y cree que con la voluntad que le falta a él y a su generación podrá dar con la luz que le apacigüe. El poso religioso de su infancia, las lecturas contradictorias; el estado

de su tiempo producen una lucha interior angustiosa, un ir y venir de la duda a la fe. Hay la inquietud del joven que se tambalea y en cambio quiere permanecer firme. Es el sufrimiento que con ternura hubiéramos querido evitar a Azorín y, con él, a nuestros jóvenes poniendo para ello los medios necesarios para que, con sosiego y paz espiritual, siguiera cada cual su vocación. «Mi generación es una generación sin voluntad, dice, y yo mismo me hago la ilusión de que soy un inveterado escéptico». Los filósofos explican un enigma con otro enigma. ¿Y la ciencia? Es la mayor gloria del hombre y la mayor de sus vanidades. En el fondo el creyente tiene razón: sólo Dios es sabio. La Fe es lo que nos hace vivir. Sin ella la vida sería insoportable. Y es triste que se pierda la Fe porque con ella se pierde el sosiego y la serenidad. He aquí, en síntesis, su pensamiento. Junto a reflexiones consoladoras, la humanidad doliente, trágica. Escepticismo. ¡Esta lucha que nos hace pensar tanto! Porque el sufrimiento depura y afina el espíritu. Pero, a veces, el alma se fatiga y se puede hundir...

El amor a España le arranca quejas. Sabía que el progreso de un país está en el hombre y, para hacerle mejor, cree que es suficiente darle un bienestar y una cultura. Siente íntimamente la Patria, porque ha sido digno e intachable en su vida íntima; porque la ha vivido en sus héroes, santos y escritores; porque siente algo indefinible cuando pasa por las calles de ciertas ciudades. La ineptitud y el platonismo de los que se dicen patriotas le exaspera y le gustaría que España se examinara a sí misma con criterio minucioso para tener conciencia de sí misma y formar un ideal para el porvenir.

En los decaimientos el recuerdo del pueblo, tan constante en todas las obras azorinianas, con los suyos le despierta la dormida paz y la ternura. Cuántas veces se debió decir Azorín en su juventud inquieta: Esta serenidad y paz que me faltan, en mi tierra las encontraré. Pero en el pueblo hay labriegos resignados que cobran míseros jornales, cosechas perdidas y una masa desagradecida. ¿Dónde estará la paz interior que da ánimo para la lucha, entre una vida desagradable, por un estado de cosas más justo, más digno?

¿Dónde estará esta paz y sosiego que no encuentra el admirado artista, quien ha descubierto la angustia de los personajes y de las cosas que observa?

Porque (ya en la cumbre de la fama periodística) hay en el campesino que surge de los artículos de «El Imparcial» una inquietud dolorosa. Y la hay en las quejas porque se abandona la tierra y la artesanía rural por seguir la técnica y las profesiones que apartan del cultivo de aquéllas. Y en las impresiones que da de la vida política como escritor y militante diputado. Y en sus héroes. Y en Quevedo atacante

y atacado. Y en la lucha interior de santa Teresa. Y en Cervantes, incomprendido autor de comedias. Las angustias que Azorín comprende tan bien porque, en parte, son propias angustias. Sus puertas. Sus ventanas. Sus sillones. El ciprés de un convento. El jarro vacío del palanganero de su habitación en casa del tío Antonio... Así, individualizado todo, y todo vibrante, bajo el dominio humano.

Todavía, a pesar de comprensiones, de halagos merecidos, de amor conyugal espléndido de compenetración, del respeto, de la amistad, el corazón bueno naturalmente de Azorín siente inquietud, más serena, más plácida: los años y la vida ayudan a comprender mejor las cosas.

Exito tras éxito. En 1924 ingresa en la Real Academia la «única sensibilidad académica propia, estricta, tradicional que conoce la literatura española de hoy».<sup>3</sup> Aquel a quien se le reconoce que «la ética del caballero, del literato y del político es la pulcritud externa e íntima que ha buscado insaciablemente lo nacional».<sup>4</sup> *Una hora de España*, su discurso de entrada, nos pone de relieve un estudio amoroso de paisajes naturales y humanos leídos y meditados desde la adolescencia, desterrando la arqueología que convierte en seres muertos a los personajes pretéritos.

¿Cómo siente la Patria y sus valores el escritor cuya pluma ha elevado la realidad española a categoría artística cuando el espacio (se marcha a París donde reside desde 1936 al 39) le separa de la España que sufre?: «En el campo, gozando del silencio, venidos de la vorágine estruendosa, estamos tumbados—imaginamos que en el Levante de España—en una ladera tapizada de romero y de tomillo (¡Qué dolorosa es al presente esta evocación!). Las flores del romero son azules. De pronto una abejita—como ésta del mosaico de una tienda—revolotea sobre una flor y luego se posa blandamente en su cáliz.

«¿Habrán todavía abejas en España?»<sup>5</sup>

Sentimiento puro y, otra vez, como siempre: los amigos, la tierra, sus personajes literarios amados. «Españoles en París», «Pensando en España», «Memorias».

Los escritos azorinianos de última hora actualizan el recuerdo y animan, con la experiencia, a la juventud que escribe. Y con estas dos tendencias: la tierra, la infancia, la juventud, problemas de estética literaria, España, los hombres. «Memorias», «Valencia», «Madrid», «El escritor», «Los clásicos redivivos»...

Y la historia del protagonista de una novela queda aquí, con puntos suspensivos, porque la actuación del personaje no ha terminado. «En su juventud fué inquieto; en su vejez fué sosegado. En su juventud quiso singularizarse y en su vejez quiso pasar inadvertido»...<sup>6</sup>

¿Hay algo más de personaje clásico, caballeresco, español que esta actitud?

## II

## AZORIN EN EL INSTITUTO

*«...mas hoy en que la novela, el teatro y la poesía lírica han llegado a ser un poderoso elemento de sociabilidad en que se reflejan las aspiraciones y los ideales modernos...»*

AZORIN, «Memorial dirigido al Ministro de J. Pública» 1894.

*«...y abundantes lecturas de clásicos castellanos en la adolescencia, en la edad en que más adentro llegan las lecturas»*

AZORÍN, «Madrid», 1940.

En nuestra adolescencia hemos leído los clásicos que se comentaban en la cátedra de Literatura, pero hasta que no conocimos a Azorín en sus trabajos sobre escritores y paisajes, no vivimos ni la Literatura ni la Historia. No comprendíamos sin agresividad los fallos humanos, que perdonamos a nuestros coetáneos, ni nos conmovían las minucias delicadas. Le falta madurez espiritual a la juventud para matizar. ¿Qué nos decían las piedras viejas de las calles antiguas por donde transcurría la vida en otro tiempo? ¿Qué, la pintura-retrato de un ser humano que ya pasó con sus sufrimientos, sus inquietudes? La Patria, después de algunas lecturas azorinianas, dejaba de ser un ente abstracto para convertirse en algo vivo y palpitante cerca de nuestro corazón. Y la frase escueta, la palabra justa, destacada y aislada que chocaba con los ojos por su forma exterior y con los oídos por su poca armonía (¡ay, el respiro de las interrogaciones!) adquieren hoy, para nosotros los mayores, un valor incalculable de dignidad, de expresividad, de evocación, de sugerencias y de afectividad. Los diminutivos, la vibración, a través de la palabra, de las cosas poco importantes sin hojarasca seca que las oculte...

Pero... En las sillas de clase, ante nosotros, sentados, hay alumnos y en ellos unos ojos que interrogan, que brillan emocionados, que se quedan inmóviles (¡Dios sabe qué cosas pasarán en el alma de un adolescente cuando mira y no ve!). Las miradas de nuestros alumnos exigen. Y pensando en ellos y en nuestra propia actitud para con ellos tenemos miedo al defraude y, más aún, a la deformación del muchacho cuando entusiasmado se deja llevar por nuestras propias teorías que acepta incondicionalmente.

Nos llena de respeto la idea de penetrar en el alma de nuestros muchachos para ayudar a modelarla. Es un temor y un gozo enormes que tienen por contrapeso la dificultad, la lucha que se ha de sostener

contra un estado de cosas, sombra negra, en nuestra marcha. Observamos en los adolescentes un desligamiento de todo, egoísta; una desatención frívola; un sacudirse todo cuanto signifique molestia, sacrificio... Si fuera la adolescencia algo desligado en la vida social, algo sin precedente, sin final...

Pero nuestros alumnos son así porque respiran el ambiente poco propicio a un desarrollo armónico de facultades. La inquietud económica tocada hasta lo indecible. La poca elegancia espiritual de los padres que viven una vida volcada al exterior sin conciencia de su misión. La conversación continuada en la que se exalta la importancia del dinero por encima de la dignidad humana que impide adquirir aquél por medios no justos. El ansia de llegar a ser utilizando medios inconfesables para ello. Depósitos desolados de bienes materiales, las familias. La máquina, la técnica que lo solucionan todo. La guerra que aniquila. La falta de conciencia en el hombre de que es el ser que domina y tiene que dominar la Tierra, dignidad de señor que Dios le ha concedido. Desde un puesto humilde en la sociedad, desde un puesto destacado en la misma, el hombre señor siempre. Hay un vacío infinito en el alma de nuestros adolescentes que tendríamos que llenar. Porque, a pesar de los ataques que contra ellos se conjuran, no ha muerto del todo cuanto de más noble tienen dentro de sí. ¡Cuán adentro les llegan los hechos grandes; con qué emoción aprehenden los momentos bellos! Ante los hechos, nos parece pobre una educación que se dirija al intelecto frío que crea al orgulloso. ¡El hombre es tan grande para que no busquemos el desarrollo armónico, integral de todo lo más noble! Tenemos que hacer pensar y amar serenamente y con un fin alto sobrenatural, que consuele y que empuje y, después, a pensar, a amar y a sentir entusiasmo y entrega.

Nuestra generación es contradicción perpetua y agonía triste. Faltan ideas claras y posturas firmes.

El ensayo, género moderno de indudable belleza literaria y de eficacia educativa, si se selecciona, es la interpretación lírica sobre algo. Como obra no erudita, traza un círculo que no se llega a cerrar esperando una mano y una cabeza que continúe. El lector de ensayos se siente estimulado a escribir y a prepararse para ello. Tiene la sensación optimista de que todo no está hecho ya. Pero pensando en nuestros muchachos, el libro de ensayos no seleccionado tiene sus peligros. ¡Se trata de un género tan subjetivo! ¡Capta tantos momentos cambiantes con sus inevitables contradicciones, paradojas, desalientos, esperanzas! El alumno muy joven queda desorientado y cae, con la pasión con que se vuelca la adolescencia, que coja lo exterior de sus lecturas y lo haga vida propia. ¡Cuántas exterioridades de esta clase no hemos capta-



do a través de los ejercicios de redacción! A Azorín le ha preocupado la juventud. Pero, ¿cómo hubiera escrito Azorín de encontrarse en nuestra posición? ¿Hubiera renunciado al sosiego físico y espiritual para entregarse entero a los demás? ¿Hubiera salido de su retiro, en donde, artífice de la palabra pulida, primorosa, ha escrito obras en las que ha volcado sus preferencias y sus intimidades, si se hubiera encontrado en contacto directo con el tumulto de la vida de esta juventud unida a nosotros en la que se ponen siempre esperanzas de redención?

Para esta juventud nos gustaría construir una antología azoriniana de fragmentos que llenen la vida vacía de nuestros muchachos y que les hagan pensar en algo situado por encima de las preferencias de su vida de ahora. Muchos y bellos momentos tiene Azorín a los que con su permiso (Azorín es difícil, por otra parte) pondríamos comentarios y añadiríamos, en los comentarios, para que penetrara en lo hondo, el sentimiento de la fe sobrenatural y la esperanza en un fin último consolador. ¡Que nuestra juventud luche con alegría, que es combativa y constructiva!

¡La temática seleccionada que nos ofrecería Azorín de acuerdo con sus ideas poéticas sobre la familia, la Patria (hombres y paisajes), la observación de las maravillas de la Creación, la gran hermandad de todo! El amor a las pequeñas criaturas contra lo estridente y lo exterior. La meditación, a pesar del vértigo de lo actual, el mirar hacia adentro para no quedarnos exhaustos a fuerza de volcarnos hacia afuera, para comprender mejor otras almas y a no desentendernos de las mismas. A dar un papel a la imaginación que en la vida puede ayudar a poblar de maravillas nuestra juventud y nuestra madurez. Todos estos temas pueden ayudar a crear una radioactividad amorosa por la que el hombre no se sienta desligado de sus semejantes, ni solo en la soledad.

Con las lecturas y trabajos educaríamos la expresión. Creemos que, si enseñamos a pensar y a sentir con serenidad, con dignidad, la palabra surgirá como don de lo alto.

Nuestro respeto al gran escritor inquieto por la juventud, primoroso artista.

MARÍA DOLORES CABRÉ.

1. R. DEL ARCO, *Figuras Aragonesas* (prólogo de la 2.<sup>a</sup> edición), vol. I.
2. AZORÍN, en *Memorias. Obras selectas* (Madrid, Biblioteca Nueva, 1943), p. 1458.
3. EUGENIO D'ORS, en ANGEL CRUZ RUEDA, *Obras selectas* cit.
4. GABRIEL MAURA, *Al margen de Azorín*. Contestación-glosa al discurso de entrada en la R. Academia.
5. AZORÍN, *Españoles en París*, en *Obras* cit., pág. 1326.
6. AZORÍN, *Memorias* cit., pág. 1435.